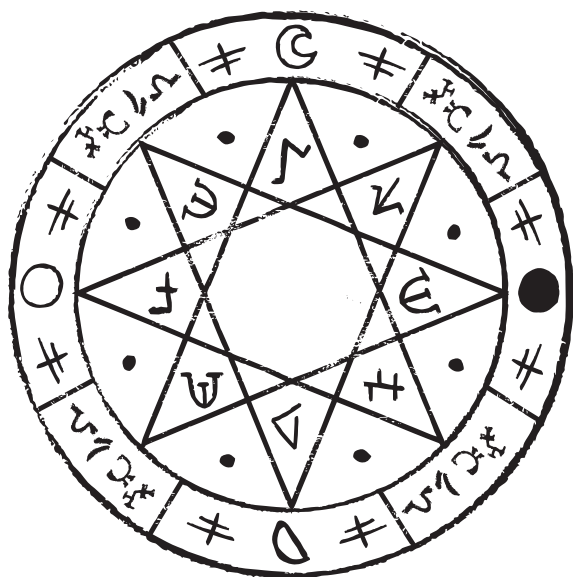


Mariana Palova

LA NACIÓN DE LAS BESTIAS

Luna de Hueso



GRANTRAVESÍA



Algunas partes de los sistemas de magia utilizados en esta historia fueron sintetizadas y reinterpretadas para facilitar su incorporación a la trama; asimismo, algunos de los hechizos, rituales y símbolos han sido modificados para la seguridad del lector.

El *Culto a la Grieta Resplandeciente* y su contraparte son ficticios, pero están inspirados en tradiciones, sucesos y figuras históricas reales.

Ésta es la última puerta antes del despertar.

Bienvenidos de nuevo a nuestra Nación.

*Este libro es para mí.
Mi viaje tuvo tanta niebla que creí
que me había perdido para siempre.
Pero decidí no rendirme.
Y volví a encontrar el camino.*



F^{frío.} Siempre he detestado el frío y no sólo por haber crecido en una India abrasada por el sol, o porque me traiga malas memorias de las montañas heladas del Himalaya, de las cuales poco puedo ya recordar.

No. Lo odio porque el frío me recuerda lo frágil que puedo llegar a ser. Miembros entumecidos, temblores incontrolables, resfriados que amenazan con volverse neumonías; sentirse cómodo y seguro en el frío es sólo para aquellos que ignoran lo que es carecer de abrigo para vestirse o de un techo bajo el cual refugiarte en las noches. Para los que no comprenden lo terrible que es sentir los dedos helados de la muerte ir adormeciéndote poco a poco hasta arrebatarte la vida sin que puedas hacer nada al respecto.

El frío es hambre y miseria. El frío es un símbolo de dolor.

Pero, por encima de todo, el frío es un maestro cruel que me ha enseñado tres cosas que ojalá nunca hubiese tenido la desgracia de aprender.

La primera y la más preocupante: la piedra filosofal, aquella espada dorada que le quité a aquel ser mitológico llamado Rebis, y que introduje en medio de mis costillas ha comenzado a *oprimir* mi magia.

Desde que la llevo conmigo, no sólo siento como si cargase una enorme piedra sobre el pecho, sino que cada vez que intento utilizar mi brujería, la espada la consume y la devora con su oro hermético, dejándome tan débil que aun respirar me resulta agotador.

Como si, en vez de otorgarme vida eterna, luchase ferozmente por arrebatármela.

La segunda revelación y la más terrible: a pesar de haber nacido del fuego y la devastación, el frío es algo que al monstruo dentro de mí parece gustarle.

Cada vez que mi piel se eriza, cada vez que mis labios se pintan de azul o mis dedos se engarrotan en medio de la noche, su murmullo se aclara, su voluntad me resulta más imperiosa y su hambre... oh, *su hambre...*

El frío me hace sentir que, a través de este espantoso viaje, no he hecho otra cosa más que traer a mi monstruo de hueso de vuelta a sus raíces. Al origen de su poder.

Finalmente, la tercera verdad, la más dolorosa de todas: el frío me mostró, de la forma más dura, lo fácil que fue perder al hombre al que amaba.

Y cuando mi garra de hueso lo soltó en el río del plano medio y lo vi precipitarse hacia el vacío sin poder hacer nada al respecto, quise que el frío terminara conmigo allí mismo. Que me congelase hasta no sentir nada más, porque aun si yo lograba salir del bardo de los espíritus y alcanzaba de nuevo la luz del mundo humano, nada de eso me importaría.

Había sobrevivido a Laurele y al Señor del Sabbath, a la abominable alquimista Jocelyn Blake y a los legendarios tramperos Lander. Había sacrificado a Adam, a Red Buffalo, a lo que quedaba del amor de mi familia y aun así... no había logrado salvar a Tared.

No, era absurdo seguir adelante, ¿por qué más valdría la pena pelear si todo lo que juré proteger se había deslizado fuera de mis manos para desaparecer en el abismo?

Así que, a medida que él se hundía, cerré los ojos también. El frío era tan terrible que casi podía sentir mis huesos encogerse, y la luz que había hecho nacer en mi mano para iluminar la negrura, poco a poco se apagaba como una diminuta flama en medio de la oscuridad. El sabor metálico de la sangre inundaba mi paladar, mi brazo entero dolía debido a ese último disparo con el que me habían alcanzado los traperos, el terrible peso de la espada me ahogaba con más rapidez que el agua alrededor. Y mis astas, plateadas y brillantes contra las sombras, ya no eran más que una corona maldita que me empujaba cada vez más hacia el vacío.

Mientras descendía, miré sobre mi hombro, hacia abajo, hacia aquel pozo infinito donde ya no había vida ni espíritus ni engendros: la profunda frontera del plano medio, el último paso a la muerte definitiva. Y de ese lugar, de esa franja gruesa y oscura que separa todo lo que existe y lo que deja de existir, brotó un sonido extraño, tan quedo que no sabía si lo que escuchaba era más bien el flujo sanguíneo en mis tímpanos.

Al principio parecía estática, como cuando enciendes un televisor antiguo y aparece el tono del ruido blanco por la pantalla, pero después, comprendí que era un río infinito de gritos, de bramidos que *clamaban por mi llegada*.

¿Se trataban de las propias voces del monstruo dentro de mí, escapando de mi cuerpo ante el inevitable alcance de la muerte? Ya no me interesaba saberlo, así que cerré los ojos y me dejé sofocar por la idea de que tal vez siempre había sido mi destino volver a esa oscuridad y a lo que fuera que me espe-

rara allí abajo. Tal vez *eso* fuera el único hogar al que podía aspirar, porque si algo tenía por seguro es que ya no había forma de que pudiera pertenecer a mi gente de nuevo.

Por primera vez, desde que había comenzado mi odisea en Nueva Orleans, estaba listo para que todo terminara.

Pero fue allí, en medio de la soporífera resignación de haber perdido la batalla, que una aurora brillante quebró la penumbra como una flecha. Todo resplandeció y las voces se desvanecieron junto con las sombras en las que habitaban.

Abrí los ojos de nuevo y al ver esa claridad y ser arrastrado de vuelta a la vida en contra de mi voluntad, me di cuenta de que, por más que lo deseara, no podía darme el lujo de morir en ese momento.

Porque no sólo mi mundo, sino el de todos los errantes, ése por el que habíamos luchado para proteger durante siglos, estaba a punto de derrumbarse.





PRIMERA FASE

UN MONSTRUO

MENGUANTE





19 años atrás

Hace más de un milenio escogí ser la creadora de un nuevo dios.

Una elección que, sin saberlo, me convertiría en la madre de una fuerza indestructible y arrebatadora de la naturaleza.

Después, se nos dio *a ti* y *a mí* un último regalo: la primera parte de una premonición: una advertencia lejana que anunciaba el Triunfo de la Luna, la cual, aun cuando volvería de entre la nieve, pequeña e insignificante como la última espiga del invierno, tendría el poder de rasgar para siempre el velo que separa a los vivos de los muertos.

Pero apenas hace un año recibí *la segunda parte* de ese vaticinio. Y entonces, supe que necesitaba despertar al menos tres magias. Tres ofrendas, tres pactos que aguardarían el regreso de aquella criatura que me había convertido en madre.

Y el último de esos pactos acaba de ser concretado, porque la mujer tirada a mis faldas, con los pechos expuestos al escrutinio de la noche y la cara torcida dentro de la niebla, expira, por fin.

El *athame*, el gran cuchillo de hierro blanco que empuño en mi mano se regocija, satisfecho al ver el símbolo que he trazado con su afilada punta, sobre la zona del corazón.



La ofrenda ha sido aceptada. Y lo sé porque, por encima del olor a carne quemada que desprende mi palma, empiezo a percibir el aroma de miles de flores.

El bosque enmudece al ver que abandono a mi víctima y me abro paso en sus entrañas, orgullosa y altiva contra el invierno que suspira en mi cara, la única parte de mi cuerpo que aún conserva su piel. Esta noche es dura, la más fría de la estación, pero no es suficiente para amedrentarme. La flama de la devoción que siento por mi criatura me ha devuelto la fuerza, de la cual estos largos años de espera intentaron despojarme, así que deslizo con más ímpetu mis pies a través de los restos de escarcha, lodo y hojarasca. Los gusanos congelados se retuercen y vuelven a la vida, la noche me observa con una luna entintada de rojo.

Me adentro en la espesura de endrinos negros como el hollín para seguir la ruta del viejo camino. La última vez que estuve aquí fue hace un milenio, pero tal como mi cuerpo, el bosque que me rodea, maldito, también se detuvo en el tiempo.

A cada paso que doy, observo con placer cómo el suelo burbujea cual caldero hirviente, a la par que desentierra decenas de columnas vertebrales antiguas, todas iguales, todas cosecha de la más brutal de mis semillas.

Un cementerio sin tumbas. Un camposanto entero para un solo cadáver.

Sonríó con placer al pensar en la furia que debes sentir al escucharme caminar sobre la tierra.

Escupo sobre los restos mientras mi túnica adquiere un matiz escarlata al rozar mis músculos despellejados, un hedor dulce que pronto perciben los espíritus que poco a poco despiertan en la oscuridad.

Los encuentro acucillados detrás de las espinas, percibo sus ojos rojos como el carbón. Me observan. Me huelen. No saben quién soy, nunca me han visto antes, pero me desean como las moscas asedian la carne podrida, me buscan como anhelan a toda criatura con magia que pone un pie en estas tierras revueltas de sombras. Sus bocas famélicas se tuercen, sus entrepiernas se humedecen al percibir la sangre que impregna mi vestido, pero no se atreven a acercarse, no cuando la niebla del Señor del Sabbath me envuelve, la furia del trota-pieles del desierto palpita en mis venas y un último pacto se derrama en la hoja blanca de mi daga.

—Tres magias. Tres pactos. Tres lealtades atadas a mi voluntad —repito con orgullo, como si quisiera mostrarte todas las cosas terribles que tuve que hacer por tu causa.

Llego hasta el corazón del cementerio, el sitio donde el viejo sendero se convierte en una estrella de ocho puntas, un cruce de caminos que los árboles rodean como un altar para los dioses que sólo despiertan después del crepúsculo.

Y, en medio, encuentro los restos de una fogata.

Camino alrededor del enclave tres veces. Me agacho y doy vida a la hoguera con el simple roce de mis manos, para después volver a circular.

No es calor lo que busco, sino librarme de esta desesperación.

Pero las doce dan paso a la una, la una se desdobra en las dos, las dos se convierten en las tres. Y cuando el sol comienza a vencer a la Estrella de la Mañana sin un remusgo de lo que llevo siglos esperando escuchar entre estos árboles, mi agonía se transforma en furia.

—¿Dónde está? —grito—. La predicción que hice era clara, ¡ésta era la noche! ¡¿Dónde está ese...?!

Me quedo quieta y el viento ulula en mis faldas, hasta que un gallo canta en la lejanía. Dos veces nada más.

El llamado me hace mirar hacia donde el alba rompe el horizonte negro de la noche. Mis ojos se llenan de alivio y mis brazos se alargan hacia la silueta que se acerca entre la nieve. Distingo sus hombros anchos, su cuerpo alto y el rubio de su cabello como un halo celestial alrededor de su cabeza.

—¡Por fin, por fin, padre de mi criatura! —exclamo jubilosa—. ¡Por fin has...!

Cierro la boca cuando la luz de la hoguera ilumina al hombre. Los demonios de las sombras callan y se levantan, sonrientes ante mi horror. El *athame* blanco se desliza de mis manos para caer al suelo y hacerse polvo como si estuviese hecho de cenizas. Y al verme indefensa, paralizada desde los dedos a la cabeza por una magia que tenía más de un milenio sin sentir, ellos me rodean. Tiran de mis ropas hasta arrancármelas con el deseo de llevarme con ellos, a las sombras.

Pero nada de eso me importa. Porque esta noche yo esperaba la llegada de un *bebé*.

Pero lo que tengo frente a mí... es a un hombre con los brazos vacíos.



Una campanilla suena sobre mi cabeza cuando empujo la puerta de aluminio para pasar. Y al adentrarme en el pequeño establecimiento de carretera, lo primero que alerta mis sentidos no es el tufo a licor ni el tintineo de los tragos servidos por el cantinero: es el intenso olor a errante que desprende un grupo de motociclistas, apretujados en una esquina del bar.

Pero, a pesar del potente tirón que siento en mis entrañas, ninguno de aquel Atrapasueños dirige la cabeza hacia mí.

Me quito la escarcha de los hombros y voy hacia las mesas atiborradas de camioneros. Por suerte, el calor del lugar me ayuda a controlar un poco las sacudidas de mi cuerpo, protegido sólo por una cazadora gris y los delgados vaqueros que poco han podido hacer contra el condenado clima del exterior.

En mi trayecto, un corpulento y solitario errante llama mi atención. Vestido con una gruesa chamarra de cuero, está sentado ante la barra de bebidas, apartado del grupo de motociclistas. Sus manos aprietan un tarro de cerveza y sus ojos, grises como los de Johanna, están clavados en el único televisor del lugar.

Me acerco hacia él, demasiado cansado como para prestar atención al silbido obsceno de un borracho a mis espaldas. Y paso a paso, las voces del monstruo de hueso se alzan ante la cercanía de *otro* de mi raza.

¿Tu raza?, se burla. Tú y yo somos bestias de otra clase.

Me siento en el banco al lado del perpetuasangre. Y en cuanto pongo los brazos sobre la barra, él mira hacia mi mano izquierda, aquella que oculta mis dedos descarnados bajo un guante de lana percutida. Los vellos de su nuca se erizan en un reflejo instintivo de su ancestro, uno que desprende un penetrante olor a montaña.

Recurro al poco autocontrol que me queda para no gruñir de irritación.

—¿Alguna novedad? —pregunto en voz baja. Los ojos del motociclista se desvían hacia mi cara, cosa que aprovecho para meter ambas manos en los bolsillos de la chamarra, lejos de su vista. Él mueve la cabeza de un lado a otro e intenta ignorar la inquietud del espíritu en su interior.

—Por suerte, no —responde para luego apurar un trago a su cerveza. Observo la hilera de botellas de cristal detrás de la barra, repentinamente sediento.

—Es cuestión de tiempo para que nos encuentren —digo, aún con la mirada fija en el licor—. Los Lander sólo están esperando el momento oportuno para acabar con todos nosotros. Y estoy bastante seguro de que pretenden divertirse mucho en el proceso.

Mis palabras aceleran los latidos de su corazón. Y ante nuestro breve pero gélido silencio, la voz del hombre a mi lado silencia el ruido del bar.

—Dios santo, ¿qué fue lo que hiciste allá, en Utah, muchacho?

Al girar hacia él, encuentro algo que me hace arrugar la nariz: *miedo*. El tipo me teme, porque su pregunta no fue un “qué pasó” ni un “qué les hicieron”, sino un “qué hiciste”.

De pronto, mi cansancio se desvanece y da paso a un fuego diferente, porque su ancestro, demasiado perceptivo para mi gusto, ha logrado ver una oscuridad que ya no tengo fuerzas para ocultar.

Me pongo de pie, despacio. El perpetuasangre abre bien los ojos y se echa hacia atrás, como si mi pequeño cuerpo fuese una amenaza contra la imponencia del suyo. Pero antes de que pueda dar un paso hacia él, alguien toma mi brazo y lo tuerce.

—¡Oye, tú! ¿Qué edad tienes? —exclama el cantinero, que se estira desde atrás de la barra—. Muéstrame tu identificación, *¡ahora!*

Quémale el maldito brazo

Y por unos segundos, *lo intento*. Intento llamar al fuego de mi magia para quemarle la palma entera al hombre, pero la espada filosofal dentro de mí lo ahoga como si disparase agua helada a través de mis venas.

Frustrado, empujo mi brujería con toda mi voluntad hasta que una chispa de rabia logra desatar un tenue calor bajo la piel de mi brazo.

Un calor que crece.

Y crece.

Y crece.

¡QUÉMALO!

Cuando estoy a punto de hacer aquel fuego estallar, cinco dedos grandes y pesados se colocan sobre mi hombro y tiran de mí, logrando que el cantinero, sorprendido, me suelte. El fuego se extingue de inmediato al encontrarme con los ojos azules de Tared.

Y su mirada, más fría que un témpano, hace que Wéndigo se agazape furioso dentro de mí.

Abro y cierro la boca, pero antes de que pueda replicar, él señala con un rápido movimiento de cabeza hacia atrás, a la puerta del bar. Bajo la barbilla y me suelto de su agarre con una sacudida.

El líder de Comus Bayou se da la mano con el perpetua-sangre. Éste llama a Tared “hermano” casi con alivio, como si todo el temor que sentía hace unos instantes se hubiera desvanecido con la presencia de...

Uno de los suyos.

Salgo del bar a zancadas y el frío de afuera me recibe con un latigazo. Aunque ya dejó de nevar, la gruesa capa de nieve que cubre los costados de la carretera y el cielo gris del mediodía me hacen sentir como si la tormenta nunca se hubiese acabado.

Encuentro, sobre el porche del establecimiento, nuestras mochilas de viaje tiradas de forma descuidada. Las paso de lado sin la mínima intención de recogerlas, y cruzo de manera distraída el estacionamiento lleno de motos y camionetas con las llantas envueltas en cadenas, preparadas para soportar los caminos helados. El tintineo de las botellas y el murmullo del bar desaparecen cuando llego a la orilla del estacionamiento, donde comienza una línea de árboles despojados de follaje.

La falda del bosque cruje con suavidad bajo mis botas. Camino un poco, sin dirección, hasta que el peso de la espada me obliga a ponerme en cuclillas para tomar aire. Miro la nieve unos segundos y me quito el guante para hundir mi mano humana en el manto. Dejo los dedos clavados allí y permito al hielo latir sobre mi piel hasta que la quemazón se vuelve insoportable.

Y cuando por fin la rabia se disipa a causa del dolor, un gemido escapa de mi garganta.

—¡Carajo! ¡Carajo! —retraigo mi mano contra mi pecho, como si eso ayudase a contener esa parte de mí que tanto lucha por dominarme.

Estuve a punto de quemarle el brazo al empleado de ese bar, de lastimar a un ser humano que no tenía nada que ver con mis problemas. Y encima, también traté de esa manera tan hostil a un hermano que sólo estaba asustado por razones completamente comprensibles.

Eso no era tu hermano...

—¡Cierra el maldito hocico de una vez!

Mi grito retumba en el bosque. Y aunque Wéndigo guarda silencio, sonrío con todos los dientes, porque sabe que tiene razón. No puedo culpar a aquel perpetuasangre por haberse sentido así, ni a él, ni a cualquier otro errante que se tope conmigo durante nuestro viaje a través del estado de Montana.

Pero lo peor de todo fue que Tared ha sido testigo, una vez más, de lo terrible que puedo llegar a ser.

Con dificultad, me levanto y regreso sobre mis pasos. Salgo por el desnivel y vuelvo a dar vueltas por el estacionamiento. Aunque la tentación de invocar de nuevo mi fuego interior para tratar de calentarme es enorme, desecho la idea de inmediato. No tengo ganas de perder más energía y sentirme todavía peor que ahora.

Minutos después endezco la espalda al ver a Tared salir del bar con unas llaves entre los dedos. Recoge nuestras mochilas del porche, se acerca con la mirada fija en el suelo y, sin decir una palabra, *como si yo no estuviera aquí*, pasa a mi lado sin siquiera voltear a verme.

A decir verdad, me habría hecho menos daño una bofetada.

Cuando rodea el local y se pierde en la parte trasera del estacionamiento, decido por fin seguirlo. Pronto, Tared, el lobo, me guía hacia una camioneta estacionada en una esquina, una *pickup* color beige ya desvencijada por los años. Después de abrir el vehículo, lo primero que hace es meter la mano bajo el asiento del copiloto. Con discreción, arrastra sobre el tapete una larga escopeta, de gran calibre. Tared mira el arma de arriba abajo y vuelve a ocultarla.

El recuerdo de cuando lo vi hacer algo similar hace más de un año, allá en Nueva Orleans, me viene a la cabeza de pronto.

Noto que también hay una caja de municiones bajo el asiento y unos cuantos bultos en el espacio en la parte trasera; chamarras gruesas de plumón y lana con un aspecto mucho más confortable que la delgada cazadora que llevo encima. Él guarda ambas mochilas y retrocede para dar la vuelta al vehículo y subirse al asiento del conductor. Se acomoda el cinturón, fija su mirada en el parabrisas y tan sólo la desvía hacia mí cuando, tras unos largos segundos, yo sigo sin acercarme. El devorapieves me descubre con las botas quietas en el pavimento mientras intento hallar vestigios de nuestro *vínculo*, esa delgada línea que unía su corazón con el mío y que tiraba desesperadamente de nosotros con tal de unirnos de nuevo. Pero no encuentro nada... Porque esa unión ya no existe.

La garra *dentro de mi pecho* me hace llevarme una mano al esternón.

—¿Qué estás...?

—¿Me odias? —pregunto en voz baja, sin mirarlo a los ojos—. ¿O sólo me tienes miedo, al igual que ese hombre?

Vaya. Qué extraño es escuchar en mí ese matiz de tristeza cuando, en mi cabeza, todo el tiempo estoy enojado.

El silencio de Tared me hace sentir como si una roca se balanceara sobre mi cabeza. Y lo peor es que, a mi pesar, no sé cuál de las dos opciones me dolería más.

—Si me dejas aquí —continúo— toda esta pesadilla terminará para ti. Para todos. No necesitas seguir cargando conmigo. No tienes por qué...

Estar con alguien a quien detestas.

Tared aprieta el volante entre los dedos y mira hacia el frente durante unos segundos tan largos que parece considerar mis palabras.

Wéndigo musita y, como si lo hubiese escuchado, el lobo niega con la cabeza.

—Sube —dice con sobriedad. Tanta que no siento ningún alivio. Ninguna felicidad.

Tan sólo un tímido temblor.

Me acerco, encorvado. Abro la puerta y trepo sobre el asiento cubierto por algunas cobijas de lana. El olor del errante a quien pertenecía este vehículo persiste en el interior, lo que atiza el hambre del monstruo dentro de mí.

Tared enciende el vehículo, se desplaza por el estacionamiento y toma rumbo hacia la carretera, mientras algunos miembros del Atrapasueños salen del bar. El perpetuasangre con quien tuve el incidente hace una señal hacia el lobo a modo de despedida, mientras que yo no me atrevo a quitar la mirada del tablero.

Pronto, entramos en el asfalto, y la tensión se prolonga a medida que avanzamos cada vez más rápido por el camino de árboles flacos y montañas grisáceas. Y aun cuando el invierno del norte lo congela todo, el frío dentro de la cabina me parece mucho más desolador.

El lobo pisa el acelerador y el pequeño aglomerado de negocios de carretera por fin se pierde a nuestras espaldas. Copos de nieve se acumulan despacio sobre el parabrisas.

Al pasar un letrero que nos marca la ruta hacia la carretera estatal, recargo el hombro contra la puerta de la camioneta y me rodeo con mis propios brazos, rendido ante la fatiga.

No vale la pena...

Hoy, Wéndigo está más hablador de lo normal. Eso o son mis propios pensamientos, los cuales ya no se diferencian mucho a la voz del monstruo dentro de mí.

No lo sé. Ya no estoy seguro de nada.